

HALLAZGO DE UN LIBRO DE JIMENEZ DE QUESADA

Don Gonzalo Jiménez de Quesada se encuentra tan íntimamente vinculado a Colombia como Hernán Cortés a la Nueva España y Francisco Pizarro a la República Peruana. Pero en el caso particular del primero resulta más profunda todavía la identificación del descubridor con lo descubierto, debido a sus cualidades de escritor y letrado.

Grande simpatía nos acerca a todos los granadinos hacia el audacísimo conquistador cuya fortuna anduvo siempre lejana de sus merecimientos. El primero de los nombres de nuestro país recordó la denominación del suelo nativo de Don Gonzalo; y cuando fuimos República de la Nueva Granada ratificamos la alianza antigua con el valiente Capitán.

Las dudas existentes en otra época acerca de la patria chica del conquistador han desaparecido, pues se considera ya suficientemente probada su condición de granadino.

La historia de la literatura colombiana empieza con la evocación de Don Gonzalo Jiménez de Quesada, autor de *Los tres ratos de Suesca*, del *Compendio historial*, de la *Relación de la conquista*, de un legajo de *Sermones en honor de Nuestra Señora*, y de los *Apuntamientos y anotaciones sobre la historia de Paulo Jovio*. Jugosas y múltiples páginas trazadas por el Licenciado padecieron completa ruina, según bien sabemos, pues tan solo el ilustre cronista Oviedo y Valdés consiguió salvar algunas a través de su obra sobre las Indias; y apenas un libro completo logró subsistir y llegar a nosotros.

A éste nos referiremos ahora. En la Biblioteca de la Universidad de Valladolid anduvo confundido con otros libros y papeles hasta época recientísima, en que manos afortunadas lo levantaron y ojos afanosos lo leyeron. Al fin iban a lograr

ponerse en contacto directo con el letrado español sus innumerables admiradores!

Por diversas razones se justifica el interés colombiano hacia Jiménez de Quesada “cuya figura se encuentra indefectiblemente en los orígenes de la historia cultural de la nación”, según concepto del diligente humanista Don José Manuel Rivas Sacconi. El cual agrega: “Quesada no fue un historiador, ni un poeta, ni un autor religioso, precisamente porque pasó por todas esas modalidades, sin circunscribirse a ninguna en particular. Fue humanista porque supo combinar tal universalidad de conocimientos con ciertas cualidades humanas, fundadas éstas y aquella en una sólida y bien asimilada formación latino-clásica”.

Los libros manuscritos apenas de Don Gonzalo fueron buscados con suma constancia en bibliotecas de Santafé pues se conjeturaba con sólido fundamento la presencia de ellos en la sede misma de la vida pública del conquistador; igualmente fueron objeto de pesquisas en la ciudad de Mariquita, ciudad arruinada en donde vivió sus últimos años y cerró los ojos en espera de la resurrección de los muertos; y no debió de pasar ningún viajero colombiano culto a España, durante el siglo XIX y muchos años del actual, a quien no alborotase el alma la posibilidad de topar con los papeles inapreciables.

Don José Torre Revello, americanista igualmente sabio e infatigable, oriundo de la Península, al historiar la presencia de la imprenta en América dio cuenta del hallazgo de la licencia gubernamental concedida a Jiménez de Quesada con relación a *Los tres ratos de Suesca*. Pero el libro no fue hallado. Sabe Dios solamente a dónde irían a dar, en la duración de cuatro siglos, las hojas que recibieron un día lejano la presión de la pluma conquistadora!

Ganó albricias el ilustrado historiador español, P. Constantino Bayle, al anunciarnos el libro generalmente llamado *Antijovio*, existente en la biblioteca universitaria de Valladolid. No esperábamos encontrarlo allí, en la patria de Felipe II, sino en viejos anaqueles de Madrid o Sevilla.

El manuscrito anunciado por el P. Bayle resultó “encajado en un tomo de Papeles Varios, que empieza en el folio tercero:

Catalogus Patrum, Oratorum, Theologorum, Iurisconsultorum et aliorum Hispanorum qui Synodo Tridentino interfuerunt sub Paulo III".

En mayo de 1942 apareció el anuncio relativo al hallazgo del *Antijovio* en el *Boletín de Historia* publicado por nuestra Academia Nacional de Historia. Ahora, en 1950, una copia del libro reposa en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, gracias a las diligencias adelantadas para el efecto por el doctor José Manuel Rivas Sacconi, citado líneas atrás.

El título dado por Don Gonzalo a su libro es: *Apuntamientos y anotaciones sobre la Historia de Paulo Jovio, obispo de Nocera, en que se declara la verdad de las cosas que pasaron en tiempo del Emperador Don Carlos V, desde que comenzó a reinar en España hasta el año de MDXLIII, con descargo de la nación española. Lo cual escribía y ordenaba Don Gonzalo Ximenes de Quesada, Adelantado y Capitán General en el Nuevo Reino de Granada.*

Tiene el libro dedicatoria, según era uso y costumbre de aquellos tiempos, y ella dice: "Al muy ilustre señor Luis Quijada, Presidente del Consejo de Indias, señor de Villagarcía, etc. Don Gonzalo Jiménez de Quesada, Adelantado en el Nuevo Reino de Granada y Capitán General en el...".

Este libro, relativo a la época de las guerras de Italia, aspira a rectificar al erudito Paulo Jovio cuya pluma censura a España largamente. "Se puede argüir su mala voluntad para con nuestra nación", escribe Don Gonzalo a fuer de buen hijo de la grandeza política de Castilla. Tocante a la verdad de sus palabras propias, el fundador de Bogotá manifiesta que Don Luis Quijada será fiel testigo de la verdad "que aquí escribo".

Don Gonzalo manifiesta su deseo de tener estilo "limado", capaz de presentar con donosura sus conceptos; "mas, como sea propio de la verdad la sencillez del lenguaje, me contentaré con decir lo que realmente pasó, sin afeite ni otro ornamento de palabras". Agrega el afamado escritor que su padrino en el Consejo de Indias "tuvo siempre la honra por premio bastante de la virtud".

Mortificado Jiménez de Quesada por las afirmaciones de Jovio opuestas a la gloria española, quiso contrapesarlas. Patriotismo verdadero respira ese deseo, y muy digno de imitación en todos los tiempos y en todas las naciones, mayormente ahora, puesto que vientos contrarios a la ideología fundamental de la patria soplan sobre todas las tierras del mundo.

Dice Jiménez de Quesada:

Siempre fue tenido por cosa digna de ánimo noble defender la verdad cuando la mentira causa error o daño, aunque se atravesase particular amistad con los que se apartaron de ella. . . En lo que yo al presente escribo no solo pretendo averiguar verdad aunque esto solo fuera causa muy bastante, mas defender juntamente mi nación y patria a quien los hombres debemos todo servicio. Muchos días ha que yo leí la historia de Paulo Jovio en la lengua que él la escribió, y me dolía que un hombre de tan buena lengua hubiese dejado la verdad en tantas partes y seguido lo que gentes apasionadas le daban a entender. . .

Rectificar a Jovio en los hechos españoles ocurridos desde el comienzo del reinado de Carlos V hasta el año de 1544 fue, pues, el propósito exacto del fundador Quesada.

Para curarse en salud acerca de una equivocada interpretación de sus propósitos críticos, agrega Don Gonzalo en otra parte (después de advertir que no tiene prevención personal de ninguna clase), que su pluma no va contra Paulo Jovio "sino contra las cosas que son ajenas de razón y verdad con afrenta de España".

Censura Jiménez de Quesada en otro lugar del manuscrito de Valladolid la costumbre corriente de traducir en lenguas vulgares; y lo hará con espacio "en el libro que intitularemos *Los ratos de Suesca*, donde procuraremos declarar si erraron más nuestros pasados en escribir tan poco como nos dejaron, o los presentes en hacer tantos libros como cada día se publican".

Tocante a la hora de su vida en que el conquistador escribió el *Antijovio*, manifiesta el historiador Constantino Bayle la suposición de que ello ocurriera entre los 75 y los 79 años. Si las cuentas del ilustre jesuíta son acertadas resulta dignísimo de alabanza el empeño patriótico del hijo de Granada y padre de la Nueva Granada de América.

Si creemos a éste sin dificultad, aceptaremos la redacción del libro en poco más de cinco meses. Por ello y por "la rudeza

y barbarie de la gente con quien converso muchos años ha”, no faltarán errores en el lenguaje ni incorrecciones en el estilo. Tal cosa agrega el fundador.

* * *

Los historiadores Don Antonio de Herrera en sus *Décadas de Indias* y Don Gonzalo Fernández de Oviedo en la *Historia general y natural de las Indias* dieron testimonio suficiente, delante de los hombres de su tiempo, así del crédito otorgado a Don Gonzalo Jiménez de Quesada en lo atañadero a la realidad histórica experimentada por él mismo, como del uso amplísimo que hicieron de papeles colmados de verdad por el desfavorecido hombre de armas. Durante muchos años apenas fue posible obtener datos inseguros acerca de los caracteres generales de su estilo, gracias a las transcripciones de aquellos narradores famosísimos de las andanzas españolas en Tierra Firme. Hoy es fácil formar idea sobre aquellas, embarcándonos en la nave segura y grande del *Antijovio*.

Del capítulo 1 son las palabras siguientes:

Cualquiera gente por bárbara que sea ama la libertad, y como los brutos animales no pueden ser bien gobernados sino es por el hombre que con la razón los doma, sustenta y rige, así el hombre dificultosamente consiente ser gobernado por otro hombre como él, y no quería que le mandase sino solo Dios o por lo menos algún ángel, viendo claramente que debajo de la luna no hay mejor cosa que el hombre. Mas, como el mandar es tan dulce cosa, atreviéronse muchos a sujetar a otros, no por razón, sino por sola valentía y fuerza, de la cual usaron las monarquías del mundo que, sin derecho alguno que razonable fuese, hicieron tributarios con las armas a cuantos pudieron. Hubo entre los romanos al principio de su imperio tanta virtud de liberalidad y continencia y parsimonia, que muchas naciones holgaron de tomar su amistad y confederarse con ellos, y ayudarles a conquistar a los que no querían estar debajo de su señorío; así llamaban a unos compañeros y hermanos, a otros confederados, y a otros tributarios. Después fue tanta la abundancia de las riquezas, que les hizo aflojar en las cosas de la guerra y cobrar muchos vicios de disolución en el comer, vestir y edificar. Y como estos vicios sean costosos, atreviéronse injustamente a despojar el mundo para los poder sustentar. Así dice un orador, hablando con el pueblo romano, que era dificultoso decir cuánto odio le tenían todas las otras naciones, por las injurias y lujurias de los que enviaban por virreyes y

gobernadores a las provincias, los cuales no dejaban templos ni ciudades ni casa que no robasen, y a muchas ciudades que eran ricas las buscaban achaques para hacerlas enemigas del pueblo romano, por saquearlas. Estas fueron las causas por donde las monarquías se deshicieron, y la romana que fue la mayor y más principal, fue despojada casi de todas las naciones que le habían sido sujetas. Justa causa tuvo el mundo de tener odio a aquellos monarcas porque tiránicamente les quitaran su sosiego, y les llevaban sus haciendas y hacían mayores injurias.

Defiende desde dicho capítulo a España, en palabras como las que van a leerse:

El odio siempre es contra lo malo en general, o a lo menos para aquel que lo aborrece. Los reyes de España ni los españoles de quien se sirven en la guerra, no merecen ser odiados, pues los estados que poseen son hereditarios con justísimos títulos, y los soldados sirven a sus reyes como fieles vasallos. De manera que las guerras que han tenido en Italia y en otras partes no fueron por conquistar estados con el derecho de las armas, como aquellos antiguos que se hicieron señores de la mayor parte del mundo, sino por defender lo que era suyo, o por cobrar lo que injustamente les era usurpado. Estas causas cuando son justas dan tanto ánimo a la gente de guerra, con la confianza que Dios ayuda a la razón, que no solamente en los desafíos particulares, mas en las batallas aplazadas se han visto muchos milagros.

No se ven desafueros ni injusticias en este imperio de los reyes de España como en aquellas monarquías antiguas, y al presente en la cruel tiranía del turco. Lo cual debe el mundo a nuestra santísima religión que puso freno a la gente fiera y a sus apetitos. De manera que no hay por qué ninguno tenga odio a los reyes de España pues usan de su derecho real y gobiernan sus estados conforme a las leyes y fueros de cada reino y provincia sin emprender guerras ni conquistas injustas. Envidia se les puede tener por el crecimiento de la corona de España y por la fortaleza, ardid y fidelidad de tantos caballeros y hijos dalgo, como tienen por vasallos, y de tantos y tan grandes señores eclesiásticos y seglares como viven debajo de su imperio, cuyos estados fueron hechos por la liberalidad de los reyes, y crecen cada día por medio de sus servicios. Mas, como la envidia comunmente es entre iguales y siempre por la virtud y felicidad del envidiado, los reyes cristianos y paganos la pueden y deben tener. Pero no hay quien se quiera llamar envidioso por ser este vicio injusto y bajo contra los excelentes en alguna virtud o grandeza, antes le cubren con nombre de odio, porque esta pasión siempre es contra cosas malas.

Y en el capítulo xi:

Más gusto tomó Paulo Jovio de escribir, en el tiempo de que ahora va tratando su historia, de las cosas y sucesos de la guerra que pasaba en la comarca de Roma, quizá con el amor de su residencia, porque allí

en corte romana estaba él entonces, que no tratar de las cosas de Lombardía donde estaba lo macizo de la guerra, sabiendo que la dama sobre quien diferían Francia y España era el estado de Milán; así que dejó la guerra principal por la accesoria, como se vio en el capítulo pasado, que no trató de otras cosas sino de lo que está dicho, bien sé porqué... Y deja así mismo de contar nuestro autor el sitio que pusieron todos estos campos a la misma ciudad de Milán, y lo poco que les aprovechó, sin embargo de una batería y batalla bravísima que dieron, donde, después de perdida y muerta mucha gente, perdieron también cuatro banderas de infantería que les fueron tomadas en la misma batería y los ejércitos después de ésta se retiraron. Y deja de decir la venida de Otaviano Esforza, obispo de Areso, con catorce mil esguicaros (*sic*) en socorro de los ejércitos ya contados. Y deja asimismo de contar cómo durante todo el año de esta guerra supieron los de la liga pegarla tan mal a sus cosas que, si no fue a Lody por traición de Ludovico Butarino, italiano, que lo vendió una noche a los venecianos, y así fue vendida hurtadamente y echado de allí Fabricio Marramaldo con setecientos italianos que estaban dentro, y a Cremona porque estaba el castillo por el Duque, que de otra manera no la tomaron... Y deja asimismo de contar cómo no teniendo de qué pagarse el ejército cesáreo y viniendo nuevos alemanes con su coronel Jorge de Frondesperg, fue necesario buscar donde se mantuviesen los unos y los otros, y se sacó todo el ejército, por esta razón, de Milán para dagnificar las tierras del Papa, que se había declarado por su enemigo, y así fueron sobre Plasencia, pero, entendido el designio por los contrarios, fueron la vuelta de ella a socorrerla y así no hubo efecto su pensamiento, y el Jovio (echado todo esto que está dicho a una parte), no cura de más sino de contar la toma y saco de Roma en este capítulo, por volvernos a la cara a nuestra vergüenza; y pues él lo quiere, sea así, vengamos a ello.

Da idea cabal de la ideología del conquistador Jiménez de Quesada, hombre de su época, acerca de las ganancias del vencedor en las ciudades rendidas, lo que viene en las hojas finales del capítulo xxvi:

Así que Impoli fue valerosamente ganada, y con el mismo valor (no se lo neguemos) defendida, entrados dentro, pregunto yo al Jovio ¿qué habían de hacer los soldados sino saquear el lugar? ¿Ha visto él por ventura otra cosa ni oído jamás después de ganado un pueblo por la fuerza de las armas? Dígolo porque encarece mucho el saco y manera de él, y dice que les quitaron a las mujeres hasta las ajorcas y anillos y nóminas que traían por devoción, contándolo por crueza (*sic*), y no es muy bueno que este *lombardo* cuente esto por cosa extraña, como si los soldados hubieran de dejar las joyas de oro por tomar las sartenes y calderas de las cocinas, y lo de los relicarios yo le aseguro que como ellos tuviesen algún precio, por razón de ser la obra de estima, que sin

mirar a las oraciones que dentro tenían o reliquias (por muy santas que fuesen), que se habían de aprovechar los soldados de aquel precio, que a más que esto llega la codicia soldadesca. Y no anda este buen hombre sino buscando modos cómo cargarnos, como si hubiese cosa más sabida en la guerra que los sacos, y en los sacos ninguna más que el haber todo lo que se puede coger de cosas de oro, y de seda, y paño y otras semejantes, pero de lo cual parece congojarse que los italianos no se hallaron en este saco sino muy a la postrer, porque no entraron en el pueblo hasta que los españoles estaban dentro; y cuánto ganaron los de Impoli, en ésto y en ser saqueados por españoles y no por italianos; las otras naciones que no sea ninguna de estas dos se puede juzgar, y aún con los mismos italianos, cuando acontece *ser saqueados* de sus naturales, porque, como es notorio y la desventurada experiencia se lo ha demostrado, ninguna nación llega a la crudeza al saco y destruímiento de pueblos tomados *por los soldados italianos*, con falta de reverencia a los templos y cosas sagradas. Hablo del vulgo de soldados de cada nación, que de particulares y personas de cuenta *muchos* soldados de lustre y de gran valor alcanza la nación italiana.

Pues no es propósito de este escrito recorrer menudamente los aspectos todos del estilo de nuestro fundador, concluyamos con algunas transcripciones menores, satisfactorias para el paladar del leyente.

En el capítulo xxxii:

De dos cosas solas, principales, trataremos en el libro treinta y dos Joviano, puesto que él trata otras muchas sin que en ninguno se debiera de dejar de poner la mano; pero yo ya voy cansado y querría acabar presto con este lombardo porque voy conociendo cuánto daño me hace su contradicción, pues por su causa pierdo en cosas de letras obras de más provecho, a lo menos para mí, en que me pudiera ocupar.

En la parte final de los documentos hallados en Valladolid, folleto 19, dice así Quesada:

Acabada esta guerra piemontesa torna este Jovio para dar fin a este su libro treinta y ocho, a contar otra que se hizo en este tiempo, en la Toscana, de los desterrados de Florencia, contra el nuevo duque de ella, y como otras veces tengo dicho, en cosas de aquella tierra Paulo Jovio las escribe tan acertadamente que, no tengo yo ni ninguno, en qué poner la mano sino es cuando se mezclan españoles en los acontecimientos que, aunque sean toscanos, como esto haya es escusado que deje de decir alguna gentileza.

Y en las cuartillas tercera y cuarta del cuadernillo 22, ahora sobre nuestra mesa:

Pero viniendo a lo postrero del libro joviano que trata de la jornada y empresa de Argel, digo, que hay poco que tratar sobre ello y por esto se concluirá brevemente. Cuanto a lo primero es cosa donosa que, contando los aparejos y gente que el Emperador hizo para aquella expedición, no cuenta español en ello ni trata de que ninguno de aquella nación fuese apercebido en Italia y en Sicilia; sólo hace mención de los españoles bisoños que partieron de España a este negocio... Este es su acostumbrado artificio para disminuir todas las cosas tocantes a la nación española, y esta culpa también la tuvo la *Historia Pontifical* el no declararlo, por irse siguiendo a un hombre de quien antes había de huir que trasladar su escritura. Pues es así que el Emperador llevó para esta jornada, a sueldo suyo, solos dieciocho mil hombres, sus mil de cada nación de las tres que le suelen servir en las guerras, y los españoles eran ejercitadísimos del tercio de Sicilia y de Nápoles. Y con sólo estos dieciocho mil infantes, después de despedido el Papa en Luca, se partió y embarcó para su jornada...

* * *

La figura letrada del Obispo de Nocera, Paulo Jovio, requiere explicaciones concisas.

Fue natural de Como, en el Estado de Milán. Nació en 1483 y falleció en 1552, según las informaciones aceptadas por la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos para su catálogo general de autores.

En las páginas pertinentes hallamos datos bastantes acerca del escritor anti-hispanista. Libros suyos fueron distribuidos desde varias ciudades europeas hacia todos los centros universitarios del continente.

Su obra *De piscibus* apareció en Roma en 1527 y fue reimpressa un año después en Amberes. De los talleres de Basilea salió nueva edición en 1531.

Su *Descriptio Britanniae* vio la luz primera en Venecia, en 1548. Ya se comprende el interés de este corográfico compendio para los naturales de la grande isla.

Elogia virorum bellica virtute illustrium. Este libro apareció en Basilea veintitrés años después del fallecimiento de Jovio. Con el título de *Elogios o vidas breves de los caballeros antiguos y modernos* saludaron los granadinos una edición realizada allí en 1568.

De la grandísima autoridad del Obispo de Nocera permitirían a las gentes de hoy darse cuenta los libros aparecidos en las ciudades mencionadas. Bajo el título de *Lettere* otra obra suya fue dada a la estampa en *Venecia* en 1560; la *Historie del suo tempo* vino al mundo en *Fiorenza*, en 1558; la *Vita di Alfonso da Este* apareció en *Firenze* en 1553.

Frankfort del Mein, Milán y Londres prestaron también sus imprentas para las ediciones de Jovio en diversos idiomas modernos. De suma importancia original son las impresiones en lengua latina.

Le vite dei dodici Visconti, signori di Milano, apareció recientemente en Milán, en 1945.

* * *

La geografía italiana registra las denominaciones Nocera del Pagani y Nocera Umbra. La primera es una ciudad de la provincia de Salerno, a orillas del Sarno, tributario del Golfo de Nápoles. La segunda pertenece a la Umbría, en la provincia de Perusa.

Sobrepasó largamente la fortuna de Paulo Jovio a la de Jiménez de Quesada, del mismo modo que la prestancia episcopal del italiano le dio una posición estable, harto distinta de la trashumante y marcial del granadino. En el instante mismo en que citamos algunas de las muchas ediciones de Jovio estamos dando cuenta y razón del hallazgo sorprendente del único manuscrito conocido dentro de la producción historial y literaria de Don Gonzalo, Adelantado de este Nuevo Reino de Granada.

Las dificultades editoriales de entonces eran numerosas, e indispensables las licencias de la Corte. En el caso especialísimo de Jiménez de Quesada no podemos olvidar su condición de soldado ni su calidad de gobernante, justamente para sospechar los azares que debieron de envolverle cuando quiso estampar sus obras de carácter histórico.

De sus jornadas y triunfo en cuanto a las memorias guerreras nos da cuenta la Real Cédula del 4 de noviembre de 1568, mencionada por Don José Torre Revello en sus anales sobre la

imprenta americana. En tal fecha obtuvo el fundador de Bogotá la licencia necesaria para imprimir *Los tres ratos de Suesca*, trazados en 347 hojas “en que habéis gastado mucho tiempo y pasado mucho trabajo”.

Algo como un soplo de gratitud y un hálito de justicia pasaría sobre la frente del Mariscal cuando dio lectura al asentimiento del Rey.

La biografía del descubridor de los reinos del Zipa y del Zaque ha permitido a la posteridad conocer su juventud dedicada al estudio de códigos y leyes, su edad madura entregada a los azares de exploraciones tremendas, su vejez humilde ofrecida al culto de la justicia histórica y de los propios recuerdos insignes. Don Gonzalo Jiménez de Quesada probó la copa de los desengaños en los días finales de su peregrinaje, precisamente cuando otros de sus compañeros de aventuras llegaban al ápice de la magnificencia y del orgullo.

Los capitanes en cuya compañía trascendente aparece Jiménez de Quesada en las altas memorias americanas disfrutaron de honras humanas significativas de su preponderancia pública. Francisco Pizarro, conquistador del Perú, conoció esplendores jamás vislumbrados por el fundador de Bogotá; y Hernán Cortés logró riquezas que para las gentes de su tiempo fueron sencillamente fabulosas. Don Gonzalo presenció su ocaso dentro del ambiente monástico de la ciudad de Mariquita, sin otra corte que las verdes palmeras del trópico ni otros soldados defensores que sus magnas creencias en la inmortalidad.

Nos place imaginar a Don Gonzalo releendo generosas obras latinas, o fijando en una sentencia procedente de la antigüedad griega sus ojos cansados: “Demuestra que eres inmortal por la elevación de tu alma, y que eres mortal por tu moderación en el uso de los bienes de la tierra”. Tales palabras de Sócrates le harían recorrer el arduo paisaje de su existencia con una sola mirada, no exenta de tristeza en cuanto a la ingratitud de los señores, pero inflamada en cuanto a la eficacia de sus padecimientos y hazañas.

MANUEL JOSÉ FORERO.

Biblioteca Nacional, Bogotá.